Nuestra Esculapio asegura á mi marido que jamás se le pegan á un padre las viruelas de sus hijos; nuestras gentes dicen que este es un cuento de viejas, y el Marqués, que tal vez piensa como ellos, para que no le obliguen á dejar á su hijo, aparenta dar fé á lo que dice esta aldeana. Por ocupado que esté de este querido enfermo, siente vivamente el peligro de mi hermana, y le mortifica mucho el no poder entrar á su cuarto, porque nuestro ángel tutelar se lo prohibe absolutamente. Yo reparto mi tiempo entre mi hijo y mi hermana, y vos podeis quedar tranquila sobre el cuidado que se tendrá de ella.

Esta querida enferma duerme actualmente y al lado de su cama he reflexionado sobre mí sueño. Esta es una leccion que Dios me da, y me hace conocer lo ciega que estoy sobre la verdadera felicidad de mis hijos. La fé me deberia hacer verter lágrimas de gozo, viendo al pequeño tranquilo en el seno de Dios, y libre de los peligros y miserias de esta vida, pero mi fé es débil. Aumentadla, Señor, disponed de mí, y de todo lo que me pertenece segun vuestra sabiduría y bondad; pero fortificad á vuestra pobre criatura, y no permitais que ella murmure por la privacion de los bienes que solamente la habeis prestado, y que podeis quitárselos cuando os agrade.

CARTA LI.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuánto te compadezco pobre madre! Es menester para sentir tu situacion haberla experimentado. Tomo la pluma, querida hija mia, para afirmar tu valor, y descubro que soy mas debil que tú. ¿Mas qué es lo que puede causar mi abatimiento y el tuyo? ¿no es la mano que nos hiere, la de un Padre misericordioso?

Me guardaré de mirar tu sueño como efecto de las impresiones que habian hecho en tus sentidos los objetos de que estabas rodeada. Es, como has pensado, una útil leccion que Dios nos da. "Padres ciegos, ¿qué pedís al Señor cuan„do clamais á él para obtener la vida de un hi„jo que su Divina Magestad os arrebata en su „misericordia? Dad mas bien las gracias á su „bondad, que le substrae del peligro de perderle. „¡Levantémos los ojos al cielo, querida hija mia! „Consideremos á nuestro hijo en el seno de la „bienaventuranza. ¿Qué gloria, y qué fortuna „podiamos nosotros procurarle que se pueda com„parar con la que goza?" ¿No habiamos nosotros dado este hijo al Señor en el momento mismo que le recibimos de su mano? ¿no le he ofre-

cido yo todos los dias de mi vida á mi querida hija igualmente que á todos sus hermanos? ¿no le he pedido con el grito contínuo de mi corazon que quitase del mundo á estos queridos hijos, antes que permitirles participar de la mancha de Babilonia? „¡Oh Dios mio, os renuevo esta su„plica! No escucheis, Señor, la resistencia de la „carne: mi alma la desaprueba, y se remite ente„ramente á vuestra sabiduría. Feliz yo en te„ner este sacrificio que ofreceros para borrar to„das las faltas que una ciega ternura, respecto á „mis hijos, me ha hecho cometer." ¡Cuán bueno es Dios, querida hija mia! Quiere su Divina Magestad recibir el sacrificio involuntario que le hacemos de lo que amamos. Conozco por la paz de que goza mi alma en medio de la tempestad de mis sentidos, que recibe mi ofrenda. ¡Qué gloria es para una débil criatura tener alguna cosa que ofrecer á su Dios! ¡Qué felicidad el poder imitar á este Señor en el sacrificio que hizo de su Hijo por nuestra salvacion! Este pensamiento me consuela, me anima y me fortifica. „Sí, Dios mio, yo os hago de todo mi corazon la „ofrenda de lo que mas quiero, y si bastase un „solo suspiro para libertar á mis hijos contra „vuestra voluntad, yo no le daria."

Antes que recibas esta carta, estarán ya nues-

tros queridos hijos, ó muertos, ó fuera de riesgo. Pero si así no fuere, y aunque estuviere en peligro tu hermana, espero no la ocultarás su situacion, ni olvidarás el procurarla todos los socorros espirituales que puedas, porque para esto no se debe aguardar á los últimos momentos. Es una verdadera crueldad el engañar á un enfermo sobre su estado, cuando es peligroso.

A las inquietudes que me dan nuestros enfermos, se añaden las que me causan la fatiga que tomas por ellos, y el peligro del Marqués. ¡Cuánta capacidad tiene el corazon para sentir el dolor, y cómo podria dejar de caer en estas ocasiones una débil criatura, si Dios no la sostuviese de un modo particular!

Espero que disminuirás mi pena, enviándome un propio con noticia de nuestros enfermos; hasta entonces repetiré sin cesar: „Señor, que pase, „si puede ser, lejos de mí este cáliz; sin embar„go, que se haga vuestra voluntad, y no la mia."

CARTA LII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Cuando os escribí mi última carta, creía haber experimentado todo lo

que una criatura puede sufrir sin morirse; sin embargo, mis penas no eran nada en comparacion de las que he sentido tres dias ha. Mi hermana ha estado en el borde del sepulcro, y el alma mas dura se hubiera enternecido á la vista del horrible estado en que estuvo durante veinticuatro horas. Las viruelas siguieron bien hasta el séptimo dia: estaba cubierta de ellas de los piés á la cabeza, y hacia dos dias que sus ojos estaban absolutamente cerrados. Al fin del séptimo la dió un síncope con convulsiones, y toda la noche la pasó en este estado. Nuestra buena muger me dijo á las cinco de la mañana que no me asustase, que aquello era un tabardillo, pero que ella esperaba curarla. Hizo machacar treinta caracoles, los echó en una plantilla de estopa, y los puso en los piés de la enferma, á la que hizo tomar al mismo tiempo vino y triaca. A pesar de la confianza que tengo en esta muger, me preparaba advertir á mi hermana el peligro en que estaba; pero ella se anticipó antes de que lo verificase. La vista de la eternidad, en la que estaba á punto de entrar, hizo en ella una impresion terrible. Esta pobre niña, que ha vivido siempre en la inocencia, se encontraba tan criminal á los ojos del Señor, que me costó el mayor trabajo del mundo sostener su

confianza. La inutilidad de su vida era sobre todo un peso que no podia soportar. ¿Qué responderé al Señor, me decia, ahora que me va echar en cara que me habia puesto en el mundo para servirle, y que no me he ocupado mas que en mí misma? Obligaciones de religion cumplidas con tibieza, por hábito, con distraccion: el amor propio, á lo menos la costumbre, principio de las acciones mas loables en la apariencia; ved aquí lo que tengo que ofrecer al Señor. ¡Ah, querida hermana, me decia, cuán bien rectifica nuestras ideas la vista de una muerte próxima! ¡cuán pequeño me parece ahora este mundo, por el cual suspiraba con tanto ardor! Mi pasion por el Conde, que á mí me parecia inocente, ha mudado completamente de aspecto. Una criatura ocupaba mi corazon, ella era mi ídolo, queria sacrificarle mi juventud, mi libertad; y lejos de ser mi Dios el principio de este sacrificio, no era mas que el pretexto de él: ¡qué horror! Ved aquí, querida madre mia, la situacion en que ha estado dos dias enteros. No la he dejado un instante; y un médico amigo, á quien llamamos sin saberlo nuestra aldeana, no la ha dejado tampoco, pero sin atreverse á poner en práctica ningun remedio. Se han continuado en renovar de doce

en doce horas los caracoles, y esto se ha hecho con grandes precauciones. La que se los quitaba tenia la nariz tapada con un pañuelo empapado en vinagre fuerte, y habia tomado triaca. Tan fuerte era el mal olor, que á pesar de estas precauciones, faltaba poco para que se desmayase. Nuestra muger asegura que esto la impide que el veneno se suba á la cabeza, á donde sin esto puede formar un acceso, y el médico dice que tiene razon. En fin, Dios nos ha concedido la vida de esta querida hermana, que dicen está fuera de peligro; pero se teme que quede absolutamente desfigurada; sobre todo, tiene un ojo muy malo; ella no se asusta, y hace á Dios el sacrificio de su hermosura con un valor que nos sorprende tanto como nos edifica. Mi hijo se levanta y no quedará señalado, segun me dicen, porque no le he visto desde que se declaró el tabardillo, y está con su padre en casa de un amigo. Han hecho todo lo que han podido para separarme de mi hermana; pero el abandonarla en esta ocasion hubiera sido una barbarie. Dios ha bendecido mi valor, y á pesar de mis fatigas estoy muy buena. Espero que en mi primera carta os escribiré la entera convalecencia de mi hermana. Así lo creo en el gozo que se manifiesta en el semblante de nuestros Esculapios.

CARTA LIII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Admiro tu valor, mi querida hija. El mio ha sido casi abatido á la lectura de tu carta, y á pesar de las buenas noticias que la concluyen, no me tranquilizaré enteramente hasta el recibo de otra. Alabo la bondad de Dios con esa querida enferma: el peligro en que ha estado la ha abierto los ojos sobre las grandes verdades de la salvacion, las que no se imprimen sino débilmente en las personas de su edad. Se cree que Dios nos debe bastante, cuando evitamos las faltas groseras, cuando cumplimos superficialmente con las obligaciones de la religion, y cuando con un corazon todo mundano pronuncian los lábios algunas oraciones, sin atencion, sin respeto y sin devocion. Pero cuando nos alumbra la candela de la muerte, parecen las cosas en su verdadera claridad, como lo decia esa querida niña. Felices los que durante su vida conocen todo el peso de esta luz saludable. El alma en este estado está como aniquilada, como destruida; pero ¡cuán fortificada para lo futuro! Esta querida hija no olvidará jamás las verdades que acaba de descubrirle la vista de la muerte; esta es un saluda-

ble contraveneno para todos los peligros del mundo. Creo que no me engaño, querida mia, en pensar que la causa de todos nuestras estravíos, es el cuidado que tenemos de evitar el pensamiento de la muerte. Nos alucinamos acerca del momento de su llegada. En la juventud la miramos como tan distante, que creemos tener suficiente tiempo en lo futuro para pensar en ella. Cuando llegamos á una edad mas madura, nos fiamos en nuestra salud, en el largo tiempo que han vivido algunas personas que hemos conocido; y aun en la misma vejez no deja la muerte de cogernos de sorpresa. Esto es lo que me obligó acostumbrarte á tener un cuarto de hora de oracion cada mañana, para preguntarte á tí misma; ¿cómo pasaria yo este dia, si me dijesen que debia ser el último de mi vida? Una de mis amigas, á quien aseguraba hace algun tiempo, que jamás habias tú faltado á hacerte esta pregunta, me decia no podia comprender cómo con un pensamiento semejante, podias estar alegre y gozar de la vida. Este pensamiento, añadió, me haria perder la cabeza. ¡Qué error! ¿Es acaso la muerte en sí misma tan temible? ¿Quién es el viagero que despues de un largo y penoso viage no suspira por el momento de volver á ver su patria? ¿Qué encanto nos une á la vida? Somos desgraciados prisioneros, agoviados bajo el enorme peso de nuestras cadenas, y no obstante las amamos. Pero si la muerte no es terrible, lo son sus resultados, y éstos deben mantenernos en un temor saludable. Esta es la razon que da esta señora para justificar su miedo á la muerte; ¿pero para quien son temibles los resultados? Para aquellos que han vivido como si jamás hubiesen de morir. Nunca teme un hijo querido la vista de su padre, si ha procurado conformarse con su voluntad; ni le asustan las faltas que ha cometido por debilidad, porque conoce la bondad de este padre amoroso. ¿Qué medio mas eficaz para hacernos guardar los mandamientos de nuestro Padre celestial, que el persuadirnos todos los dias, que tal vez ántes de la noche será necesario darle cuenta de nuestras acciones?

Admiro, igualmente que tú, el valor con que tu hermana ha hecho á Dios el sacrificio de su hermostura. Este es el ídolo de nuestro sexo, y es menester ó mucha religion, ó mucha grandeza de alma para no sentir su pérdida; espero que se mantendrá en estos sentimientos.

Conozco el remedio de tu buena muger, se sirven de él con suceso en todas las fiebres malignas, y estoy persuadida á que en esa enfermedad no se necesita mas que alejar el veneno del cora-

zon por la triaca, y fortificar al enfermo con alguna cosa para que eche fuera el tósigo. Muchas veces las personas simples saben mas en semejantes casos que las mas hábiles. Me acuerdo de uno que sucedió en mi último viage á París, y que se insertó en las memorias de la Academia. Diéronle á una jardinera las viruelas al otro dia de haber parido, y por consecuencia fué necesario abandonarla á la naturaleza. Las viruelas salieron bien, y estaba toda cubierta de ellas, cuando encontró medio de escaparse de las manos de los que la cuidaban. Corrió á lo último del jardin, y fué á echarse en un pozo. Tú sabes lo fria que está en ellos el agua en verano; la llegaba hasta el cuello, y así se la miró como muerta. Se procuró no obstante sacarla de allí, y su marido bajó al pozo; pero cuando estaba en la mitad del camino, se rompió la escalera, y habiéndose lastimado un brazo y una pierna, tardó algun tiempo en conseguirse otra: en este ínterin pasó por allí una de aquellas mugeres, que se llaman *hermanas de la caridad*, que tienen cuidado de los enfermos. Viendo mucha gente amontonada, quiso informarse de qué era aquello, y habiéndoselo dicho, corrió á casa de esta muger, hizo llevar dos cubos de aguardiente, en los cuales empapó dos sábanas. Sacaron á la jardinera limpia y blanca como una perla, y sin conocimiento: la envolvió en estas sábanas, y los médicos que se llamaron, decidieron que se habia tomado el único medio que podia salvarla. Efectivamente, ella volvió en sí diciendo que se abrasaba; pero al cabo de media hora volvieron á salir las viruelas, y tres horas despues estaba esta muger en la misma situacion que ántes de echarse en el pozo. Vive aun, y ella misma ha contado el caso á mi cirujano.

He querido referirte este ejemplo para probarte que en ciertas enfermedades no es menester muchas veces mas que una larga experiencia, y seguir la simple naturaleza en sus operaciones.

Jamás olvidaré, querida mia, el sacrificio que has hecho de tu vida por cuidar á tu hermana, y espero que ella sabrá estimarlo. Abraza por mí á vuestra buena muger, y haz otro tanto con tu hijo y el Marqués cuando puedas verlos.

CARTA LIV.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

AMADA MADRE MIA: El Señor ha hecho suceder el gozo mas puro á los pesares que nos oprimian. No solo está curada mi hermana sino

que su vista está salva, aunque su hermosura muy alterada. Antes de ayer la llevamos á otra casa, en donde nos juntamos todos; y miéntras que experimentábamos los transportes que nuestra reunion nos causaba, suplicó un criado á mi esposo que bajase á hablar á uno de sus amigos. No sé si os he dicho que el Marqués habia escrito al Conde que se presentaba un matrimonio muy ventajoso para mi hermana, y que á pesar de las dificultades que ella ponia para dar su consentimiento, estaba resuelto á usar de su autoridad, si el queria dejarle libre de la palabra que le habia dado de no casarla ántes de concluir el año. A esta noticia pidió el Conde una licencia de tres meses, y habiéndola obtenido, tomó la posta, y acaba de llegar á nuestra casa. Preguntó á mi esposo abrazándole, si queria unir á la cualidad de amigo, que tanto tiempo ha les estrecha, la de hermano concediéndole por esposa á mi hermana. Estas palabras, que en otro tiempo hubieran transportado de alegría á mi esposo, le hicieron suspirar. El Conde espantado le instó á que le declarase la causa de aquel suspiro, y mi esposo le respondió que ya no encontraria mas á mi hermana. ¿Se ha muerto? ¿se ha casado? le preguntó temblando el Conde. Ni uno, ni otro, le respondió mi

esposo; pero las viruelas la han dejado hecha un monstruo, y dudo mucho que podais conocerla. Vos me volveis la vida, exclamó el Conde. Esta cruel enfermedad no puede nada sobre el alma, y las prendas de ésta son las que me han enamorado de vuestra hermana; apresuraos pues á conducirme donde está. Estuvieron pensando algunos momentos cómo lo harian, porque temian causar una revolucion demasiado violenta á esta convaleciente; pero al fin concluyeron en que era mejor experimentarla toda de un golpe, que por grados. El Marqués entró el primero, y el Conde estaba á los pies de mi hermana ántes que ella lo descubriese. Su primer movimiento fué el de ocultarse la cara con sus manos; pero el Conde la dijo, que su corazon la hubiera reconocido á pesar de la mudanza de sus facciones; y que él venia á ofrecerla aquel corazon que la habia pertenecido desde el instante en que penetró sus sentimientos por él. Yo me alegro infinito, añadió, que la pérdida de vuesta hermosura sirva á probaros la realidad y la naturaleza de los sentimientos que me habeis inspirado. ¡Qué feliz soy en poderos pagar hoy los sacrificios que habeis hecho por mí!

Yo habia permanecido muda igualmente que mi hermana. Mi primer movimiento fué el de

echarme al cuello del Conde. ¡Qué gozo para mí el no tener ya que limitar mis sentimientos para con él! ¡Qué gozo para el Marqués el apretar los lazos que le unian á este digno amigo! ¡Cuánto debe aumentarse en mi hermana su afecto á él por las circunstancias en que se lo ofrece! No conozco felicidad igual á la suya. Le dejé á los pies de mi hermana, y á sus súplicas me he apresurado á escribiros esta carta, que os envio por un propio. El os conjura que no diferais su felicidad, y como conozco vuestros sentimientos, no dudo que respondereis á sus instancias. ¡Ah, querida madre mia! ¿Qué es nuestro corazon? Hace quince dias que estaba el mio sepultado en la amargura: ¿Hubiera yo podido entónces preveer que él seria demasiado estrecho para contener el exceso de mi alegría?

CARTA LV.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuán bueno es Dios, mi querida hija! Templa las penas de esta vida con inesperados consuelos. Experimento tu situacion ;participo de la fortuna de tu hermana, y nuestra felicidad es tan grande, que me parece un sueño. Agradecido mi esposo al honor que nos hace el Conde, le lleva él mismo su consentimiento. Yo me hubiera alegrado mucho de poderle seguir, pero nuestros negocios piden todavía aquí mi presencia por algunos dias, y no podré partir hasta fin del mes. Te suplico que nada se dilate por esto; pues aunque tendria un gran gusto en ser testigo de la union de dos personas que amo tan deveras, no quiero retardar su felicidad. ¡Qué largos me van á parecer, querida hija mia, los momentos, esperando el de abrazarte! Mi impaciencia por conocer á mis dos yernos, no es menor; y despues de haber sido testigo de la felicidad de mi familia, diré de buena gana con el santo viejo Simeon: mi alma puede ahora descansar en paz. Admiro los decretos de Dios sobre nosotros; ¿por qué camino nos ha conducido este Señor á esta felicidad? Pérdidas que parecian irreparables, habian reducido nuestra casa á su último abatimiento. Dios la saca de él por medios que toda la prudencia humana no hubiera podido discurrir; pero, querida hija mia, la mano que sabe edificar, puede destruir; mantengámonos nosotros sobre los acontecimientos futuros en un abandono total á sus decretos. No perdamos de vista el polvo de que nos levanta, y estémos prontos á volver á entrar en él sin re-

pugnancia, si lo tiene por conveniente en sus designios. Su Divina Magestad me es testigo de de que solo me alegro de la fortuna de mis queridas hijas, porque parece que es la recompensa de su virtud. El Conde y te esposo te han ocultado sin duda la liberalidad que usan con nosotros: ellos han suministrado magníficamente á los gastos de nuestro viage, del que no te han hablado para sorprenderte, y han regalado á tus dos hermanos una suma suficiente para comprar una campiña. Asegúralos de mi reconocimiento en el ínterin que puedo yo hacerlo de viva voz.

ADVERTENCIA.

Por el contenido de la carta que sigue de la Marquesa á Madama de Montier, se observa una notable interrupcion de esta correspondencia epistolar. Este es sin duda el tiempo que Madama de Montier pasó con su hija; y como en las cartas que se siguen, á la hermana de la Marquesa se la llama Condesa, debe inferirse que en este intervalo se celebró su matrimonio. Se conocerá tambien por las siguientes que el Marqués habia estado ausente algun tiempo, y tambien parece que el Rey de Cerdeña le habia mandado que volviese á Turin.

CARTA LVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Por prevenida que yo estuviese á nuestra separacion, no he podido menos de sentir vivísimamente vuestra ausencia: ¿Qué es la felicidad en esta vida? ¿podemos lisonjearnos de fijarla, cuando ella depende de todo lo que nos rodea? ¡Cuán peligroso es el entregarse á las satisfacciones mas inocentes! La felicidad de que he gozado durante vuestra corta mansion aquí, va á derramar la amargura sobre todos los momentos de mi vida. Os buscaré por todas partes, os desearé en todas, y no os encontraré en ninguna. Que á lo menos vuestras cartas dulcifiquen mi pena: multiplicadlas, querida madre mia, pues me son mas necesarias que nunca.

Me he visto desde vuestra partida en uno de los mayores apuros que he experimentado jamás. Apénas hacia dos horas que os habíais puesto en camino, cuando mi esposo recibió una carta de su abogado, en que le advertia que partiese en posta á Grenoble, porque un pleito considerable que tenemos en aquel Parlamento estaba pa-